

Engracia Loyo Bravo

“Los medios extraescolares de la educación en el campo (1920-1940)”

p. 937-946

La ciudad y el campo en la historia de México. Memoria de la VII Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos. Papers presented at the VII Conference of Mexican and the United States Historians

Gisela von Wobeser y Ricardo Sánchez (editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1999

956 p.

ISBN 968-36-2348-4 (tomo II)

ISBN 968-36-1865-0 (Obra completa)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/276-02/ciudad-campo.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Engracia Loyo Bravo *

**Los medios extraescolares de educación
en el campo (1920-1940)**

La escuela rural mexicana de los años veinte y treinta ha llamado poderosamente la atención tanto en México como en el extranjero. La literatura sobre el tema es muy abundante e incluye no sólo las obras de pedagogos, sociólogos e historiadores, sino también escritos de los mismos actores de la obra educativa: los maestros, así como memorias, informes y reseñas hechas por la Secretaría de Educación para dar cuenta de su labor. Varios temas han sido tratados acuciosamente: la ideología, el papel de los maestros, la historia y desarrollo de instituciones como las Misiones Culturales, la Casa del Pueblo, la Casa del Estudiante Indígena, por citar sólo algunos. Sin embargo, hay aspectos de la obra educativa realizada en estos años que han sido insuficientemente estudiados; uno de ellos es el de la educación informal. Se conoce poco sobre los recursos extraescolares de que echaron mano las autoridades educativas en su lucha por extender la educación al medio rural, y que fueron casi tan importantes como las instituciones mismas. Los principales medios de educación informal empleados en estos veinte años, las publicaciones, teatro, campañas sociales y radio, llegaron en ocasiones a regiones apartadas e inaccesibles, en las que no era posible establecer una escuela y a donde el maestro rara vez llegaba. Para algunas comunidades constituyeron el mejor medio de educación y único conducto para salir de su aislamiento. El presente trabajo describe brevemente el esfuerzo realizado en estos años en el campo de la educación informal e intenta demostrar que los medios utilizados desempeñaron un papel múltiple: no sólo sirvieron para apoyar, complementar o sustituir la labor realizada por la escuela, sino para establecer comunicación con los maestros y con los núcleos campesinos, propagar la ideología oficial y lograr el apoyo popular para la política gobiernista. Fueron también un espacio abierto para toda clase de expresiones radicales, dando así al gobierno una oportunidad de legitimarse.

Después del desgaste social y económico producido en el país por la revolución mexicana, el gobierno de Alvaro Obregón inició una vigorosa labor de reconstrucción en la que el impulso de la educación fue tarea prioritaria. Con la creación de la Secretaría de Educación Pública en 1921, se puso en marcha por primera vez en el país un sistema de educación nacional que llevaba la escuela al campesino, ancestralmente privado de sus beneficios. Se dio atención preferente a la educación rural, no sólo porque había sido una de las demandas de los campesinos levantados en armas que se podía satisfacer con facilidad y sin alterar las estructuras, sino también porque México era un país esencialmente agrícola, cuyo avance era imposible sin el desarrollo económico y cultural de los habitantes del campo.

Pronto resaltaron las dificultades de dicha tarea y gradualmente se hizo obvio que no se podían aplicar al medio rural los mismos patrones que al urbano, no trasladar los programas educativos de la ciudad al campo, ya que se trataba no sólo de dos realidades diferentes sino de dos mundos opuestos. Ante los problemas y obstáculos que el campesino enfrentaba en su vida diaria, la escuela tradicional urbana era

*El Colegio de México.

impotente. Las barreras parecían infranqueables: miseria secular que lo alejaba de cualquier intento de educación escolarizada; heterogeneidad racial y cultural que nulificaba los esfuerzos de unidad y un obstáculo que no se presentaba en los centros urbanos: el aislamiento espiritual y material de una gran parte de la población rural. La falta de comunicaciones de toda índole dificultaba el contacto social entre individuos, familias o comunidades, así como el intercambio de ideas y de conocimientos; por otro lado imposibilitaba el establecer agencias educativas, y, como señaló un educador de la época, impedía la salida de ideas rutinarias, prejuicios, supersticiones y el acceso a cualquier innovación. Asimismo, la vida rural tenía características muy singulares como la monotonía y el tedio debido a falta de actividades sociales y centros recreativos, museos, cines, conciertos, y parques públicos que en las ciudades facilitaban la tarea educativa y hacían la vida más ágil y llevadera. La escuela rural intentó suplir todas estas carencias, se erigió en la única agencia civilizadora en el campo y se echó a costas tareas que iban más allá de sus deberes tradicionales de instruir, abandonando los límites del aula. La educación informal desempeñó un papel fundamental en esta nueva labor de intentar una vida más plena para las comunidades campesinas.

Publicaciones

Uno de los recursos más frecuentemente empleados por la Secretaría de Educación durante estas dos décadas para estar en contacto con la escuela rural y sus maestros, así como para difundir la cultura y garantizar una educación continua a los adultos de las comunidades campesinas, fue la palabra impresa. Los incipientes medios de comunicación masiva como el radio y el cine tenían aún un uso restringido por su alto costo y su limitado campo de acción. Por el contrario, periódicos, revistas y folletos se distribuían con relativa facilidad y constituían una lectura ágil y accesible para los maestros rurales y para los campesinos que en ocasiones rechazaban la escuela o no podían asistir a ella.

José Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional, inició a partir de 1920 una importante labor editorial, que es bien conocida, para “diseminar” la cultura entre el pueblo. Miles de ejemplares de obras literarias clásicas se tradujeron al español y se repartieron por toda la República llegando a lugares prácticamente inaccesibles. Además de un *Silabario*, un *Libro básico de Lectura*, 2 volúmenes de *Lecturas Infantiles* y uno más *Lecturas Femeninas*, inició una publicación periódica, *El Maestro*, con el objeto de difundir conocimientos útiles entre toda la población de la República estipulando que “en ningún caso estaría al servicio de un partido, ni de un grupo, sino del país entero”.¹ No se hacía aún distinción entre los lectores del campo y la ciudad ni entre niños y adultos, pues había “que hacer llegar a todas las mentes los datos más elementales de la civilización”.² Lo mismo que los clásicos, *El Maestro* contenía y transmitía valores universales como la moral, la justicia, la belleza y el amor. En la revista se trataba de servir y agrandar a todos los públicos, entre ellos al sector rural, para el que había pequeñas dosis de cursos prácticos de agricultura, avicultura y horticultura. Sin embargo, en la práctica, *El Maestro* estaba dirigido hacia un sector culto de clase media urbana.

El gobierno callista cuyos objetivos estaban aún más orientados a desarrollar al sector agrícola de la población, dio prioridad a la educación rural sobre la urbana e impulsó todos aquellos medios que podían estimular su expansión. La tarea editorial tomó nuevos rumbos y se hizo una división tajante entre las publicaciones para el campo y las hechas para el medio urbano. Se dejó a un lado el objetivo de “difundir

¹*El maestro*, Revista de Cultura Popular, Universidad Nacional de México, t. 1, no. 1, p. 5.

²*El maestro*, Revista de Cultura Popular, Universidad Nacional de México, t. 1, no. 1, p. 6.

cultura” y éstas se convirtieron en instrumentos para incrementar la productividad del campesino. Se hizo una copiosa producción de folletos instructivos con temas relacionados con la labor que éste desarrollaba, como obras cortas sobre organización de cooperativas, manuales sobre apicultura, cría de animales, etc. Se formó una Biblioteca del Maestro Rural en la que destacó una *Cartilla de Higiene* escrita especialmente para la población rural y que era un manual cuidadosamente elaborado para enseñar a los adultos a prevenir y cuidar enfermedades, a llevar una vida más sana e higiénica en todos los órdenes y que buscaba desterrar usos, costumbres y creencias, que lejos de ayudar a combatir enfermedades, las propiciaban.

La escuela rural fue la primera publicación periódica que tuvo como objeto orientar y ayudar a los maestros rurales y al mismo tiempo complementar la educación del campesino. Respondía a sus necesidades ya que sus artículos trataban fundamentalmente temas sobre economía doméstica, cría de animales y cultivo de la tierra entre otros. Al mismo tiempo transmitía la filosofía de la escuela rural: primero enseñar a vivir, después instruir y, a la vez, comunicaba al maestro lo que se esperaba de él. Por ejemplo, que viviera en la comunidad en la que trabajaba, pues sólo así habría una entrega total de su parte, y podría atender la enseñanza de los adultos que generalmente acudían a la escuela nocturna. Por otro lado la revista transmitía a su vez a las autoridades las respuestas de los campesinos a la obra educativa. Con frecuencia reclamaban el que los maestros enseñaran a los niños a labrar la tierra, cuando ellos, los padres, podían hacerlo mejor; ellos querían que sus hijos aprendieran aquello que les ayudara a “no fatigarse tanto para ganarse la vida”. La revista servía asimismo a los fines de la política educativa del gobierno, uno de los cuales era fomentar el amor al campo para arraigar al campesino a la tierra e impedir su marcha a la ciudad. En varios artículos se leían mensajes como éste: “De manera, señores campesinos, que si verdaderamente aman a sus hijos nunca anhelan que vayan a los centros donde reina la falsía, el vicio, el crimen. No quieran que sus hijos formen parte de esos organismos purulentos llamados ciudades que están causando la agonía de la patria”.³

Estas publicaciones las difundieron principalmente los inspectores y maestros rurales, y las bibliotecas, que en estos años se diseminaron por todas partes: en pequeños poblados, escuelas, escuelas normales, rancherías, centros de cooperativismo, talleres, hospitales y hasta cárceles.

Con los gobiernos del maximato se renovó el impulso a la educación popular. El gobierno de Portes Gil, sobre todo, se esforzó por multiplicar escuelas y por incorporar a los adultos a la acción educativa. La experiencia había demostrado que en el medio rural eran ellos los verdaderos educadores de la comunidad y a los que había que dar atención preferentemente; de otra forma la acción de la escuela era infructuosa. Se desarrolló, pues, en estos años una importante labor que benefició principalmente a los adultos; se editaron periódicos para los campesinos y una colección de *Silabarios*, se puso en marcha el teatro al aire libre, y se propagó la Campaña Antialcohólica.

Las publicaciones periódicas de años anteriores habían contribuido eficientemente a complementar la educación de los adultos. Sin embargo, se necesitaban obras de mayor difusión para lograr un mayor contacto de los campesinos con el mundo exterior. Surgió así *El sembrador*, periódico quincenal, gratuito, cuya misión era “ir a todos los campos, regarse entre las masas campesinas de la República para despertar en ellas el sentimiento de ciudadanía y la certidumbre de que pertenecen a una nación que forja un mismo destino para todos”.⁴ Además de conocimientos útiles les llevaba noticias del país e información de organizaciones obreras y campesinas para “hacer nacer el sentimiento de solidaridad de las clases trabajadoras”. La Secretaría

³*La escuela rural*, México, Secretaría de Educación Pública, Talleres Gráficos de la Nación, nov. 1927, t. 2, no. 8, p. 25.

⁴*El sembrador*, órgano de la Secretaría de Educación Pública, México, 1929.

de Educación no titubeó en anunciar que sería también un órgano de propaganda y de difusión de ideas y programas del gobierno. *El sembrador* salió a la luz en 1929 en el momento en que estalló el movimiento militar en los estados de Sonora y Veracruz en contra del gobierno y fue utilizado para comunicar a maestros e inspectores su papel frente a esta rebelión: iniciar una campaña de convencimiento entre el pueblo, comentando la traición del ejército, para que no se fuera a dejar “soliviantar por el movimiento antipatriótico”. Si bien en numerosas ocasiones se había pedido al maestro no actuar movido por intereses políticos, esta vez se consideró que debería ponerse “al servicio de nuestras instituciones”.

En las escuelas nocturnas se instituyó la hora de lectura de *El sembrador*. Se publicó además como periódico mural, destinado a los analfabetos e indígenas que no hablaban el español, por lo que fue ingeniosamente diseñado “para leerse” por medio de dibujos y se fijaba en los corredores de las escuelas o en un gran tablero en la Casa Municipal, en la residencia de las autoridades o en algún lugar visible el día de mercado de las comunidades indígenas.

Los silabarios que nada tenían que ver con los clásicos silabarios para aprender a leer y escribir, eran pequeños folletos dirigidos especialmente a obreros y a campesinos para complementar la educación de estos grupos, por medio de la divulgación de cuestiones sociales “de la mayor importancia para ellos”. Todos contenían un mensaje ideológico y en varios se analizaban las causas del atraso del país y se señalaba como culpables a los medios de producción y a los líderes corruptos. Se intentaba por este conducto crear conciencia de clase y unir al proletariado contra “el capitalismo opresor y exclusivista”. Fue patente en los discursos y publicaciones del gobierno portegilista la denuncia y condena al sistema vigente.

Con Narciso Bassols, secretario de Educación entre 1931 y 1934, surgió una nueva publicación destinada al medio rural, sin duda la más importante y trascendente de estos años: *El maestro rural* que sobrevivió casi una década. En esta revista afloró el cambio que operaba en la educación y en el mismo maestro: el problema de la educación indígena cobró especial importancia, renació un interés por las lenguas indígenas y se fomentó la enseñanza bilingüe. Se hizo palpable la radicalización de *El maestro*, cuyos artículos eran una denuncia cada vez más enérgica de la situación injusta. Las inquietudes latentes por años de maestros, alumnos y hasta autoridades salieron a la luz. A la par que se publicaban cursos por correspondencia y lecciones y consejos útiles para complementar la educación del campesino, la revista era una tribuna abierta para múltiples debates. Se polemizaba sobre cuál debería ser el papel de la escuela rural, por ejemplo. Por su parte las autoridades asumían una actitud contradictoria exigiendo al maestro no intervenir en política, pero exhortándolo al mismo tiempo, a actuar como líder para liberar al campesino del fanatismo, de la justicia y de la explotación. Por medio de ingeniosos cuentos, poemas y relatos se desaprobaba la desigual concentración de la tierra y se insistía en la organización del campesino en cooperativas para defenderse de acaparadores y medieros y para modificar y modernizar sus sistemas de producción.

El gobierno cardenista redobló este esfuerzo editorial, que tenía como meta complementar la educación popular. El Plan Sexenal cuyos lineamientos debería seguir el nuevo presidente, señaló que se daría prioridad a la educación rural y sin embargo hubo un impulso significativo a la educación del obrero, que en la década anterior había sido relegada por lo que se buscaron sobre todo nuevos medios extraescolares para ayudar a este grupo.

La escuela socialista estuvo al servicio del proletariado tanto del campo como de la ciudad y su meta era ser aliada en sus esfuerzos de emancipación económica y prepararlo para que asumiera la dirección de los medios de producción. Esta tarea educativa estuvo avalada por una amplia producción editorial que incluía desde libros de texto, hasta una nueva publicación periódica, la *Revista de educación popular*

dirigida principalmente al obrero. La palabra impresa se convirtió como ningún otro medio en el portavoz de la nueva ideología de la educación y desempeñó un papel muy importante para contrarrestar la oposición creciente a la escuela socialista. El Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad fue bombardeado y asediado con peticiones de material, por lo que se imprimieron folletos de bajo costo distribuidos por cientos de miles sobre cursos breves de educación socialista para trabajadores urbanos y campesinos. Se dio al público la *Biblioteca del Obrero y del Campesino*, integrada por 12 títulos.⁵ Se publicaron miles de biografías de obreros y campesinos notables y numerosas obras sobre historias de las luchas sociales, sobre cooperativismo y sobre sindicalismo, con el fin de crear conciencia de clase entre los trabajadores. Historias breves de casi cada fase de la vida social de México eran escritas sobre “pedido”, desde un punto de vista marxista y distribuidas ampliamente. Los campesinos recibían folletos sobre cría de ganado o de abejas o cultivo de la tierra, tratados sobre salud, higiene doméstica e industrias, rurales junto con novelas y los escritos más populares de Marx, Lenin y Stalin. *El maestro rural* se puso al servicio del nuevo derrotero que tomaba la escuela rural. Por un lado difundía los principios de la orientación socialista de la educación y por otro sostenía al campesino en su lucha por la tierra y daba cuenta de la acción comprometida y heroica del maestro en defensa de los derechos de las comunidades. Una vez que la acelerada reforma agraria impuso la tarea inaplazable de preparar al campesino para recibir y conservar el ejido, la revista cambió de rumbo y se convirtió en un apoyo de la nueva escuela ejidal.

Las campañas sociales

Las campañas fueron un medio empleado con frecuencia a partir de 1920 para complementar y sustituir la educación escolar, por lo que estuvieron dirigidas principalmente al adulto, que tenía pocas oportunidades de acudir a las aulas. Mediante este ingenioso recurso se trató de formar hábitos, corregir vicios, fomentar alguna actividad productiva, suplir una deficiencia del sistema social o llenar una carencia. Las campañas eran actividades intensivas, pero de breve duración, no eran esfuerzos sistemáticos ni sostenidos por lo que sus frutos fueron también pasajeros.

La primera gran campaña fue la llevada a cabo por Vasconcelos desde la rectoría de la Universidad para combatir el analfabetismo, mal que debería ser atacado como un enemigo, por lo que los combatientes deberían alistarse como voluntarios igual que para una campaña para la guerra, de ahí el nombre. Es de todos conocido el despliegue de generosidad de los maestros honorarios y de los ejércitos infantiles integrados por alumnos de primaria, que llegaron a acciones conmovedoras en su afán de alfabetizar. La campaña logró una verdadera movilización tanto en las ciudades como en el campo. Sin embargo, en el medio rural enfrentó muchos obstáculos, como la apatía y el desinterés del campesino, que no veía utilidad en el aprendizaje y el aislamiento de las comunidades, que dificultaba la asistencia a los centros de alfabetización y la reunión de una población naturalmente dispersa.

El resultado de la campaña no fue muy alentador; cuantitativamente fue un fracaso. Sin embargo, se había dado un primer paso y se creía haber encontrado un medio que lograba interesar y hacer participar a todo el pueblo en su propia educación, ya que involucraba a niños, adultos, maestros, autoridades y hasta instituciones. De ahí en adelante las campañas se utilizaron para todo: campaña “pro-árbol”, “pro-hortaliza”,

⁵La biblioteca estaba integrada por los siguientes títulos: *Marx* de José Mancisidor, *La Huelga de Río Blanco* de Lyst Arzubide; *Lo que Marx quiso decir al proletariado*; *Cómo se organiza y funciona un sindicato*; *Zapato* (folleto que leerán con amor los campesinos). *La edad de la máquina*, *La rebelión sindicalista* de Bertrand Russell; *Praxedis Guerrero*; *Diez corridos mexicanos*; *La prehistoria del socialismo en México* de Luis Chávez Orozco y *Cananea* primer brote del sindicalismo en México. *El maestro rural*, órgano de la Secretaría de Educación Pública consagrado a la educación rural. México, (jul. 15 y ago. 1, 1936, p. 33, y 1 de feb., 1936).

“pro-limpieza”, “pro-lengua nacional”, “pro-salario mínimo”, por citar algunas. Las más conocidas e importantes fueron la campaña “pro-limpieza”, la campaña antialcohólica, la gran campaña de educación popular que se llevó a cabo durante el cardenismo, y la campaña intensiva “pro-cooperativismo”.

La campaña pro-limpieza fue emprendida en 1927 por la Secretaría de Educación Pública con ayuda de 3 500 maestros para combatir “una de las causas más poderosas de propensión a las enfermedades y que originaron para nuestro pueblo y a los ojos de los extraños una supuesta inferioridad social, por el mal aspecto que ofrecen las familias humildes”.⁶ En ella se conjugaron la acción de los padres de familia y de la escuela para lograr que las autoridades se ocuparan del aseo de las calles, plazas y caminos. Mientras los alumnos y sus padres se dedicaban a la limpieza, los maestros impartían pláticas y consejos. De esta forma la escuela se echaba auestas la tarea de corregir una deficiencia del sistema social, sin tener posibilidades de atacar sus causas: la carencia de agua, la falta de servicios públicos, la miseria de las comunidades. El éxito efímero de esta campaña puso de manifiesto los límites de la acción educativa.

Más importante y trascendente fue la campaña antialcohólica que se emprendió con gran vigor a partir de 1929, iniciada por el propio presidente de la República y en la que participaron gobiernos, ayuntamientos, comunidades rurales, organizaciones agrícolas, sociedades mutualistas, partidos políticos, entre otros, pues el alcoholismo era considerado “uno de los grandes enemigos de la raza y del porvenir de México”. Como la campaña debería ser fundamentalmente una tarea de reeducación de los adultos, la Secretaría de Educación llevó la mayor responsabilidad y desplegó la más intensa actividad. Se introdujo en los programas escolares una nueva materia, la enseñanza antialcohólica, y se elaboró una cartilla en la que se señalaban todos los efectos perniciosos del alcohol. De acuerdo con el método de proyectos,⁷ todas las asignaturas tuvieron como tema central esta enseñanza antialcohólica en las escuelas primarias y secundarias. En los cursos nocturnos para adultos se instituyó la hora antialcohólica y la hora de lectura del campesino fue aprovechada para leer y comentar la propaganda del Departamento de Salubridad. Se impartieron conferencias en sindicatos, comunidades agrarias, talleres, cines y teatros. También se adoptaron numerosas medidas correctivas y preventivas como suprimir expendios de bebidas alcohólicas, promover el saneamiento y el embellecimiento de los barrios y colonias populares, dar facilidades fiscales para la construcción de casas higiénicas baratas, impulsar el ahorro y las actividades deportivas, crear parques y jardines. La campaña fue continuada en años posteriores; Cárdenas le dio un enérgico impulso y se autonombró presidente de la misma, y durante su gobierno se dieron pasos más reales para combatir el alcoholismo, aunque aún insuficientes, para una población tan numerosa. Se construyeron por ejemplo, 92 sistemas de agua potable que beneficiaron a 100 000 personas, se aumentó el impuesto a bebidas alcohólicas y se negó el permiso para establecer plantas de alcohol en algunas refinerías.

Las campañas fueron también muy populares durante el cardenismo. El presidente inició su gobierno con una “campaña concurso” como respuesta al plan Sexenal que estipulaba que se apoyaría toda labor en pro de la “desanalfabetización de las masas, especialmente las rurales”. Un año después intentó otra estrategia para la alfabetización y la educación de los adultos. La campaña nacional pro-educación popular en la que cooperaron maestros, obreros, campesinos, industriales, comerciantes, profesionistas y funcionarios. El objetivo era la desanalfabetización de

⁶ *La escuela rural*, 30 nov. 1927, no. 8, p. 1-2.

⁷ La enseñanza por proyectos consistía en una serie de actividades para satisfacer “necesidades imperiosas” o “deseos percibidos con claridad”. Estas actividades constituían las unidades de trabajo. Los proyectos eran cadenas compuestas de diversos eslabones, de manera que al trabajar cada parte, se utilizaban varias de las materias de enseñanza de las que derivaba la información necesaria.

México en tres años, el mejoramiento técnico y cultural de los maestros y la elevación del nivel higiénico de las comunidades y viviendas de obreros. Sin despertar el fervor casi místico de la campaña vasconcelista, logró una gran movilización y entusiasmo. Sin embargo, como sus predecesoras, fue sólo un paliativo, fruto de la improvisación, que confiado a la buena voluntad de la población, no logró ningún cambio trascendente.

Otra campaña importante en los años del cardenismo fue la campaña intensiva procooperativismo. Desde el régimen callista se puso en boga el cooperativismo, como el medio idóneo de corregir injusticias sin alterar violentamente las estructuras. El entusiasmo por este sistema fue en aumento en estos años, pues se contemplaba como un paso necesario y previo al socialismo; se crearon cooperativas escolares y una escuela de cooperativismo. Con el objeto de educar a los maestros, principalmente a los rurales, en esta práctica, la campaña promovió unos cursos breves que difundían las características de la economía capitalista y trataban temas como “producción para el mercado” “trabajo asalariado y explotación de la fuerza de trabajo”. Se establecieron numerosas cooperativas agrícolas de consumo y se tuvo cuidado en alertar sobre el peligro de que se convirtieran en empresas capitalistas.

La radio

El uso de la radio para prestar un servicio educativo se establece en 1924. Debido a que era toda una innovación, inicialmente se realizó sólo como una tarea experimental. En un principio estos ensayos de labor cultural se estrellaron contra la indiferencia del público al que hubo que acostumbrar intercalando pequeñas pláticas educativas en los programas musicales. Hasta dos años después se estableció el primer curso reglamentado: “Cómo formar una buena ama de casa”, que incluía 14 conferencias. Gradualmente se fue formando en el aficionado el hábito de recibir instrucción por radio y se logró que acudiera a registrar su nombre y a escoger, dentro de los 15 cursos diferentes que se elaboraron, aquel que más le convenía. Los temas eran variados y heterogéneos pues se pretendía llegar a todo el público: urbano, rural, niños y adultos, por lo que se incluían desde pláticas sobre medicina y cirugía hasta sobre cultivo del campo e industrias domésticas. Se transmitió también un curso de perfeccionamiento para los maestros rurales, a los que se les dificultaba asistir a los cursos establecidos. Sin embargo, la insuficiencia de aparatos receptores en el campo limitó su alcance. En 1931 se instituyó la hora del maestro, con pláticas para los maestros y los padres de familia y en 1933 se comenzaron a transmitir programas educativos a toda la República. Se inició la campaña pro-radio para que se utilizara la radio como instrumento educativo, y para que cada escuela rural tuviera su propio aparato receptor.

Durante ella se hizo hincapié en que los programas deberían elaborarse liberándose por completo de las formas tradicionales de transmisión educativa hechas directamente por el maestro, por lo que se integró un equipo de locutores profesionales, otro para recorrer las escuelas dotadas de aparatos, enseñar a los campesinos a usarlos y para ir comprobando la eficacia o deficiencia del sistema.

Los objetivos principales del uso de la radio fueron, por un lado, romper el aislamiento del maestro rural y por otro, mejorar la calidad de la enseñanza en los centros de educación de adultos, para ver si así aumentaba la asistencia. Se conocía la situación del maestro rural que llegaba a la noche cansado y sin estímulo de ninguna índole, por lo que la radio le ofreció numerosos recursos para enriquecer las sesiones de los centros nocturnos, por ejemplo, conciertos. En Nayarit, por citar un caso, las nocturnas se transformaron en “centros de lectura”, donde se proveía a los alumnos de periódicos y revistas y se daba al curso un aspecto de tertulia y discusión; en estos centros, la radio presentó una ayuda invaluable a los maestros, ya que transmitía noticias y piezas musicales.

Hubo varios programas destinados al medio rural. “La escuela rural” que transmitía audiciones a los campesinos, donde se les trataban problemas de su interés cinco noches a la semana y los domingos por la mañana; “Antena campesina” destinada a la mujer, donde fundamentalmente se le daban consejos prácticos sobre el cuidado de su hogar y de utilidad doméstica; el “Médico familiar” que impartía pláticas sencillas, también para amas de casa, sobre higiene, profilaxis doméstica y responsabilidad social. “Trotska el poderoso” era un programa para niños y adultos en el que una serie de relatos eran verdaderas “lecciones de cosas”, que explicaban al auditorio las maravillas del mundo moderno. Asimismo se transmitían por radio cursos de lengua nacional, aritmética y música, conciertos, comedias y dramas y no faltaban mensajes educativos que se intercalaban en la programación: “Lee, lee campesino, si es que has tenido la dicha de que se te enseñe; si no la tuviste, ni puedes aprender ya, piensa que nunca es tarde, haz que otros lean por ti: los libros son ventanitas abiertas al mundo y al más allá; no leer, no abrir nunca esas ventanas es como estar en un cuarto cerrado”.

La radio realizó también una importante tarea de extensión universitaria impartiendo cursos de historia de la filosofía, de la música, historia de México, de literatura universal, entre otros. Para tener una idea del crecimiento de la labor radiofónica, basta citar que en 1924 la programación educativa fue 152 horas anuales y en 1933 de 2 088.

El programa para la enseñanza rural continuó unos pocos años más y se fue enriqueciendo con diversos servicios para los campesinos, los maestros y los niños. Se iniciaron nuevos cursos de preparación para los maestros y se amplió el programa con materias como puericultura, anatomía, fisiología. Para los niños se transmitieron cantos, juegos, educación física, cuentos, leyendas y relatos. Los programas para la mujer reforzaban su papel de ama de casa, pero se buscaba aligerarlo dándole consejos útiles para simplificar su tarea y se le dosificaban algunos programas sobre la mujer en la historia o biografías de mujeres célebres.

En ocasiones se transmitían mensajes totalmente ajenos a las necesidades de las comunidades rurales o indígenas “como consejos sobre el desmanchado de muebles de cuero”, pero también aumentó la información agrícola y se trató de orientar al campesino sobre siembras y cosechas, sobre cómo prevenir y curar enfermedades de animales domésticos o se le proporcionaron cursos como “medicina de urgencia”. Simultáneamente se transmitían programas culturales, teatro histórico o arte popular.

Si bien el radioescucha participó poco en la elección de los programas, y fue manifiesta una clara imposición de las autoridades en las transmisiones, también hubo un esfuerzo evidente, aunque a veces fallido, de relacionarlas con la vida rural.

Con la creación del Departamento Autónomo de Prensa y Publicidad, durante el cardenismo, desaparecieron las oficinas que atendían los servicios de extensión educativa por radio, y esta nueva dependencia transmitió las noticias de carácter pedagógico, las actividades escolares y boletines destinados a “desenvolver culturalmente a las clases obrera y campesina”. La radio se puso al servicio de la nueva orientación socialista de la educación y su papel principal fue difundir su ideología y hacer propaganda a las campañas populares.

El teatro al aire libre

El teatro fue uno de los medios de educación informal más populares y efectivos, sobre todo en el campo. Por orden del secretario de educación, Ezequiel Padilla, a partir de 1929, todas las escuelas rurales empezaron a construir un teatro “al aire libre”, aunque la gran mayoría de ellos fueron sólo unas gradas improvisadas y una simple enramada, o bien, frágiles teatros portátiles que podían ser fácilmente transportados de una comunidad a otra. El teatro resultó el mejor auxiliar de la escuela, ya que ningún medio tenía tantas ventajas, sobre todo para complementar la

educación del adulto, pues era un excelente recurso “para instruir sin fatigar y corregir sin castigar”. Los maestros comentaban que era más fácil “llegar hasta el fondo de su sensibilidad (del campesino adulto) corrigiendo sus defectos ancestrales, si un adecuado medio de crítica se emplea desde los tablados o construcciones al aire libre ya que no lleva en sí la aridez, pesadumbre y dificultad con que tropieza el maestro para fijar la atención de sus oyentes, pues antes al contrario se podrá ver que atrae y funde amistosamente a las multitudes en un solo sentir combatiendo la soledad y el egoísmo[...]”.⁸

Para la labor escolar, la dramatización, el sainete y la representación teatral en general, eran auxiliares poderosos en la enseñanza de la lengua nacional, de la aritmética, geografía y ciencias sociales. Permitía además a los actores expresarse, enseñaba al público a escuchar, e incluso incitaba a muchos de ellos a escribir pequeñas piezas.

En 1931 la Dirección de Misiones Culturales reportó a las autoridades la labor que llevaba a cabo realizando obras de teatro campesino aprovechando las tradiciones y usos de las diversas regiones. Se consideraba que el teatro era “el género poético que más influye en el espíritu y costumbres de un país y el que por supremacía pinta hasta los secretos más íntimos de la vida de un pueblo, al mismo tiempo que es el conducto de una cultura esencialmente nacional”. Se respetaba el léxico de cada personaje o región, pues siendo el arte escénico un espejo de la vida y de la realidad, los actores deberían hablar de acuerdo con su psicología, edad, cultura y medio en que se desarrollaban. Resultó, por lo tanto, un excelente medio de comunicación entre poblados enteros, pues muchas obras se llevaban de una región a otra y así se conocían “las descripciones, sentires, costumbres y léxicos familiares” fomentando la unión y la fraternidad entre las comunidades. Los temas de las obras difundían por todo el país los principales problemas que habían enfrentado o aún encaraban los campesinos en diferentes entidades. Obritas como *El dolor del campo* que se desarrollaba en el estado de Morelos, pretendía ser uno de tantos justificativos de la revolución presentando los atropellos que sufrían los campesinos antes de 1910. *El regreso* relataba uno de los miles de casos que sucedían diariamente en el país, principalmente en el Bajío con motivo de la constante emigración de braceros rumbo a Estados Unidos donde sufrían penalidades sin fin buscando una mejor vida. El objeto de dicha obrita era hacer propaganda para evitar que los mexicanos siguieran siendo engañados, presentándoles la realidad de aquel espejismo. *Un casorio y La chinita* fueron únicamente cuadros costumbristas, en los que se trató de fijar todo el colorido de una feria típica de Uruapan y una escena de gran belleza sobre los preparativos, noviazgo y matrimonio en los pueblos de Teotihuacan. Una obrita cómica muy gustada fue *Cartas son cortas* que hacía propaganda a los beneficios de la escuela.⁹

Los integrantes de las Misiones Culturales exhortaban con frecuencia a los maestros que una vez que conocieran los problemas y costumbres de la zona a su cargo, escribieran una pieza “cooperando a la conservación de nuestras costumbres”. También se fomentó el teatro al aire libre, por la necesidad de enriquecer la vida social campesina, para cambiar la actitud triste y pesimista de sus habitantes y para arraigarlos al campo, ya que muchos jóvenes huían a las ciudades, entre otras razones, para escapar del aburrimiento y del fastidio. La escuela rural tenía que suplir de alguna forma las agencias de diversión que había en las ciudades y el teatro con sus representaciones sencillas entretenía al trabajador y lo alejaba del vicio. Obritas como *Una cobija* o *Se vende una mula* estaban hechas sólo para divertir al auditorio.

El teatro se convirtió en la actividad que más gustaba a las comunidades y en una

⁸*El maestro rural*, órgano de la Secretaría de Educación Pública consagrado a la educación rural. México, 1 ene., 1935, p. 27.

⁹*Memoria* que indica el estado que guarda el ramo de educación pública. México, Talleres Gráficos de la Nación, agosto, 1931, p. 60-62.

parte importante de su vida; fue el complemento indispensable para lograr los fines de la escuela como agente civilizador y centro social de la comunidad: ahí convocaba el líder al pueblo para tratar temas de interés general, ahí hablaba el inspector a las madres de familia para darles consejos, ahí por medio de representaciones teatrales se hacían campañas moralizadoras. Fue, por ejemplo, un medio eficaz para mostrar los daños físicos y morales del alcoholismo. Las piezas teatrales como *La bestia*, la historia de Tata Ulogio “que antes era güeno con todos pero que el alcohol lo volvió casi una bestia” y *El calvario de una madre* o *Los frutos del alcoholismo* recorrieron varias comunidades indígenas. Otros temas favoritos en las representaciones teatrales eran el heroísmo de los maestros rurales frente a los ataques de los fanáticos religiosos, el cooperativismo, como medio de defensa del campesino y del obrero, y los que tenían como fin convencer a los adultos de la utilidad de asistir a la escuela nocturna, o de que permitieran a sus hijos educarse. A principios de la década de los treinta, el 50% de las escuelas rurales tenían un teatro al aire libre. Llegó a haber cerca de 4 000 en la República.

Muchos de los dramas fueron escritos por autores profesionales o por maestros y se distribuyeron por el Departamento Escolar para ser usados en varias escuelas, y otros fueron escritos por alumnos de las mismas comunidades, tanto de las escuelas nocturnas como de las primarias diurnas.

La popularidad del teatro no decayó durante los años siguientes. Con la educación socialista se modificaron sus objetivos y estuvo estrechamente vinculado a la nueva orientación de la escuela, y su papel principal fue el de propagar la ideología socialista y apoyar las campañas sociales y las medidas radicales del gobierno. Fue también utilizado con frecuencia por las organizaciones de trabajadores y campesinos para exponer sus problemas y las situaciones que enfrentaban a diario y para estudiar los acontecimientos del momento: la expropiación del petróleo y el reparto agrario. Algunos de los temas recurrentes en las obras teatrales fueron la lucha popular en contra de la carestía de la vida, la organización de cooperativas, las luchas sindicales del trabajador a favor de su mejoramiento económico y social y el martirio de los maestros rurales a manos de fuerzas retrógradas.

Se formó también un “Cuadro Artístico Revolucionario” que daba representaciones dentro y fuera del Distrito Federal preferentemente en el seno de las organizaciones de trabajadores, obreros y campesinos; este grupo interpretaba además de sus propias creaciones, textos rusos como *La gaviota* de Chejov, obras clásicas mexicanas, siendo Juan Ruiz de Alarcón el preferido, y obras del teatro universal.

El jefe del Departamento de Bellas Artes publicó un folleto: *Itinerario del autor dramático* para difundir entre maestros y estudiantes los principios de la técnica. Sin embargo, para fines de la década disminuyó la popularidad del teatro al aire libre frente al auge del teatro de muñecos, el célebre guiñol y sobre todo ante el desarrollo de los medios de comunicación masiva como el cinematógrafo.

La escuela perdió su lugar preeminente como agencia de desarrollo en el medio rural desde fines de los años treinta, cuando la acelerada reforma agraria hizo necesaria la intervención de otras instituciones en el campo. Por el contrario, la educación informal ganó terreno con el uso de los medios de comunicación masiva, que se han convertido en poderosos instrumentos de ideologización. El teatro y la radio fueron en parte desplazados por el cine y la televisión; las “campañas”, a pesar de haber probado su ineficiencia para lograr un cambio trascendente, fueron un recurso aprovechado por varios gobiernos, sobre todo en la educación de adultos, por lo menos hasta los años setenta, en que ésta se convirtió en una acción sistemática del gobierno. La palabra impresa sigue siendo un medio educativo insustituible y las autoridades educativas han continuado una labor editorial popular que va en aumento.